

amas!... Adiós, excúsame por haber venido á interrumpirte... he hecho por tu hijo... lo que hubiera hecho por el mío si aun me restara uno á quien salvar!...

Recibióla el emperador entre sus brazos á pesar de que se sentía tan débil como ella...

Era preciso saber quién era el hombre que tanto odiaba á su hijo...

La emperatriz lanzó una exclamación al ver sobre la chimenea un reloj que tenía grabada la misma inscripción que los relojes-calaveras :

A las dos y cuarto  
y del tiempo al son :  
Que Jesús se encuentre  
en tu corazón.

— Ese reloj me lo trajo el padre Rossi quien lo halló en el bolsillo de un joven á quien interrogan en este momento... no muy lejos de aquí... en el convento de los Serafines...

— Francisco, recuerdo que los que entraban á ver á Bautista le mostraban relojes como ese...

— Giselda, díjole el emperador, has venido á salvarme porque en realidad yo no podría sobrevivirle á mi hijo... Pero también has acusado de la más horrosa de las infamias á una mujer que yo consideraba pura é inocente... Es preciso que tú le hables... á tí te responderá... ha de hablar delante de tí.

Y el emperador hizo llamar al padre Rossi para que trajera en persona á Clementina.

Cuando estuvieron en el salón suplicó el emperador al padre Rossi que asistiera á la entrevista. Clementina estaba pálida como una muerta y al verse frente á la emperatriz postróse de rodillas.

## XI

## LA QUERIDA DEL EMPERADOR

— Levantaos, señora, que pesa sobre vos una terrible acusación y sólo los culpables imploran arrodillados, y al mismo tiempo dad las gracias á vuestra soberana por el más señalado servicio que se le puede prestar á una madre.

Clementina no podía explicarse lo que sucedía... Un terrible presentimiento le agarrotaba la garganta privándola del uso de la palabra y permanecía de rodillas sin atreverse á mirar á la emperatriz.

El emperador le dió la mano para que se pusiese en pie y díjole :

— Dad las gracias á la emperatriz por haber salvado á vuestro hijo de un grave peligro...

Instantáneamente recobró Clementina el uso de la palabra :

— ¿Quién puede hacerle daño á mi hijo? Él no le ha hecho nada á nadie... ni yo tampoco... ¿Quién puede desear la muerte de mi hijo?

— Vuestro tío, señora.

— ¿Mi tío? ¿cuál tío?

— Sólo os conozco uno, señora.

— ¿El tío Bautista?

— El mismo.

Agrandáronsele las pupilas á Clementina y con mirar de loca exclamó :

— Muy capaz es el miserable!

El emperador, apretándole las muñecas, díjole :

— Hablad! ¿Quién es ese hombre?

Clementina, preocupada tan sólo por el peligro de muerte que corría su hijo, no pensó siquiera en mentir.

— ¿No es tío vuestro?

— No, Majestad.

— De manera que me habéis mentido.

— Sí, Majestad.

— Decidme porqué me habéis mentido.

Ella cayó otra vez de rodillas.

— De pie, de pie, ordenó el emperador, loco de cólera.

La emperatriz asistía á la escena con los ojos cerrados, como una muerta.

Clementina sólo suspiraba :

— Mi hijo! ¿Por qué desea la muerte de mi hijo?

— Señora, respondedme, si queréis salvar á vuestro hijo, á *nuestro* hijo... Decidme quién es ese hombre y qué relaciones cultivabais con él antes de conocerme...

La infeliz parecía moribunda.

— Decidme, Clementina, ¿ese hombre era vuestro amante?

Respondió con la cabeza que sí. El emperador se dejó caer postrado en una silla. Ella se le acercó arrastrándose y con las manos implorantes; pero él la rechazó brutalmente con el pie. Recordó de pronto el nombre que le había dicho la emperatriz y escupiósele á la cara :

— Bárbara!

— Ah! no, eso no!... exclamó la infeliz, no merezco esa crueldad. Y volviéndose hacia el padre Rossi díjole : Padre, vos me habíais dicho que Dios me había perdonado!

El jesuita se estremeció al ver que el emperador lo miraba con altanera insistencia.

— ¿Lo sabíais, caballero?

— En varias ocasiones oí la confesión de la señora Bleichreider...

— De Bárbara, interrumpió el emperador...

— De Bárbara, prosiguió el padre Rossi con voz grave y pausada... Sólo yo he sabido cuánto ha sufrido y cuánto sufre esta mujer... y sólo yo le he prodigado los consuelos de nuestra santa religión... Conocí su corazón amoroso y sus sinceros remordimientos...

— Y le aconsejasteis que continuara engañando al emperador, observó la emperatriz que por primera vez tomaba parte en esa horrible conversación. La emperatriz odiaba cordialmente á los jesuitas y su confesor era un capuchino.

— La emperatriz tiene razón, porque si el secreto de la confesión os vedaba revelarme la condición de Bárbara, vuestro deber era ordenarle que cesara de mentir...

Giselda observó :

— Olvidáis, Francisco, que su deber consistía en alejarla de vos...

— Es tan riguroso el secreto de la confesión que nada puedo observar á sus Majestades.. pero los suplico crean que el ministro de la religión hizo cuanto indica la religión en tan tristes circunstancias.

Oyóse la miserable voz de Clementina que decía :

— Rehusóme la absolucíon si no decía la verdad!

— ¿Y por qué no lo hicísteis, señora?

— Porque temíamos causaros un sufrimiento muy grande, Majestad. El reverendo padre debía indicarme la fecha á propósito para haceros revelaciones tan espantosas.

— Jesuita! exclamó la emperatriz mirando con desprecio al padre Rossi... No le da la absolución mientras no hable y al mismo tiempo le prohíbe hablar!

El emperador, que era quizás el más orgulloso de los soberanos, sufría una verdadera tortura al verse puesto en ridículo delante de la emperatriz. La vergüenza del engaño le enrojecía la faz y le hacía sufrir en su amor propio mientras llegaba el otro sufrimiento, el del corazón, porque en realidad de verdad, mucho era lo que había amado á esa mujer.

Clementina, tirada por el suelo, sollozaba estas únicas palabras: « Perdon, Francisco... perdon, Francisco!... »

El emperador quiso saberlo todo, sin que lo detuviera el pudor.

Giselda permanecía allí clavada por la obsesión de Jacobo Ork.

Ordenó Francisco al jesuita:

— Interrogadla.

— ¿Qué queréis que le pregunte, Majestad?

— Si sabía quién era yo la primera vez que nos vimos.

El jesuita obedeció y Clementina dijo sollozando que sí.

— ¿Y el encuentro no fué fortuito? prosiguió el propio Francisco cada vez más exaltado.

— No lo fué.

— Queríais seducirme. Todo era comedia ¿verdad?

— Sí.

— ¿Las escenas posteriores también?

— Sí.

Detúvose el emperador ante aquel cuerpo armonioso que se extendía á sus pies. Si estuviese á solas con ella, pensó, quizás la estrangularía.

— ¿Y accedisteis de buena gana á representar tan ignominioso papel?

— No tal!

— ¿Quién os obligó á ello?

— Él!

— ¿De manera que le perteneciais completamente?

— Sí.

— ¿Era vuestro amante?

— Sí.

— ¿Desde qué época?

Clementina guardó silencio.

— ¿Me estáis oyendo?

— Sí.

— Respondedme.

La mujer permaneció muda.

— Os pregunto dónde conoció Bautista el relojero á la mujerzuela Bárbara.

Irguióse ella mostrando un semblante doloroso de torturada y exclamó con energía:

— No me preguntéis eso.

Mas el emperador, con ferocidad sin igual, rechazando al padre Rossi y á la emperatriz que habían tratado de interponerse, obligóla á que le confesara la inmunda verdad, la historia lamentable de su vida desdichada. Supo á dónde había ido á buscarla el relojero para ofrecérsela después á él, el emperador:

De una casa pública de Venecia sacó el relojero á la madre de Eduardo!

Es preciso reconocer que durante dos años que pasa-

ron en Viena supo el relojero educarla de tan distinguida manera que no era posible reconocer en la cándida Clementina á la que se prostituyó á la edad de trece años.

Aquella paria de la vida llegó á amar la virtud y le cobró un odio y un terror increíbles á su antigua condición.

La gratitud no tenía límites ; pero he aquí que un día díjole su protector lo que de ella esperaba : *que se hiciera amar de un hombre en cuyo camino la colocó desde el primer día que se instalaron en Viena y que era el propio emperador.*

En vano rebelóse ella contra tan infame proyecto, pues el relojero la amenazó con enfangarla de nuevo en su primitivo estado. Fué preciso someterse y además alentaba en ella la esperanza de poder libertarse en esa forma de su verdugo y tirano.

Luego vinieron los remordimientos, mas nada se había atrevido á revelar.

Cuando la infeliz concluyó su relato ó mejor dicho cuando el emperador acabó de torturarla, permaneció insensible á las súplicas y Giselda y el padre Rossi, impotentes para dominar la ira de Francisco, lloraban mientras este empujaba á la infeliz con los pies hasta ponerla fuera de la puerta, insultándola con las injurias más espantosas.

Antes de abandonarla preguntóle en el colmo de la ira :

— ¿Y, después continuaste recibiendo... y amándolo?...

— Eso no... Te lo juro... Francisco... por tu hijo...

— Miserable, si no fuera por el odio que le tiene, creería que es hijo de él !... Anda y busca á tu tío Bautista, díjole rechazándola por última vez. Cerró la puerta y volviéndose hacia la emperatriz, díjole :

— Tenéis razón, señora, es preciso capturar á ese sujeto, cueste lo que cueste.

— Sin duda, replicó la emperatriz, pero ¿quién nos dirá dónde se halla?

En aquel momento oyóse un grito desgarrador :

— Eduardo, hijo mío!...

Salieron los tres de la pieza cuando ya Clementina subía las escaleras como loca, gritando :

— Hijo mío!... me han robado mi hijo!... Es él... es él quien me ha robado mi hijo!... Eduardo, ¿dónde estás?... Respóndeme Eduardo!...

Cayó por tierra la infeliz y abrióse la cabeza contra uno de los escalones.

El emperador se precipitó enloquecido hacia el cuarto del chiquillo... estaba desierto... sobre el cojín de la camita había un par de antiparras verdes... las antiparras verdes del relojero Bautista!

## XII

## EL CONVENTO DE LOS SERAFINES

La casa estaba desierta... y esa ausencia de los criados probábase al emperador que en casa de Clementina había estado rodeado á todas horas de cómplices de Baulista.

Francisco, Giselda y el padre Rossi buscaron en vano por toda la casa; volvieron á la entrada que dominaba el valle, pero la noche era oscura, oscuro el valle y la Selva Negra oscura también... ¿Por dónde había huido? Oscuro misterio.

En aquel momento presentóse un sujeto que reconocieron enseguida Francisco y el padre Rossi:

— Franz Holtzchener!

Acercóse éste y después de inclinarse ante sus Majestades dijo al padre prior:

— Juzgo útil vuestra presencia en el convento, reverendo padre.. Juanillo hablará seguramente.

— ¿Dijo quién le había dado el reloj? preguntó Rossi.

— Aseguró haberlo recibido de su antiguo patrón, un llamado Bautista, relojero.

— Vamos enseguida al convento, exclamaron todos á un tiempo.

Pero la emperatriz observó:

— Antes que todo prodiguémosle algún cuidado á aquella infeliz.

El emperador dejó que fueran Giselda y el jesuita, mas enseguida regresaron diciendo:

— Desapareció el cuerpo de Clementina.

— Se habrá fugado, observó el emperador.

— No es posible, dijo Giselda. La infeliz no tenía alientos para moverse. Se la llevaron.

— ¿Quién diablos?

— Majestad, dijo el padre Rossi, vuestra seguridad exige que abandonemos inmediatamente esta casa.

— Sin duda, agregó Giselda.

Y marcháronse todos cuatro en la dirección del convento.

Casi simultáneamente llegó Berta á la casa y encontrándola vacía, salió á escape de nuevo, presa de terrible pánico.

No había dado cinco pasos cuando oyó que la llamaban. Era Magno.

— ¿Qué hacéis por aquí, Señor Magno?

— La Señorita Lefébure, mi novia, os envía esta carta.

— Vámonos de aquí ante todo, dijo la institutriz, porque al regresar á esta casa, la he hallado desierta...

— Si corréis algún peligro, no temáis, que mis cinco patas os pertenecen...

— Huyamos!

Y llevósele lejos, hasta el camino desierto y bañado por la luna. Allí encontraron una pequeña cabaña donde se instalaron confortablemente.

Leyó Berta la carta de su amiga y por ella supo que

la Señorita Lefébure había ido á la Selva Negra en compañía de su ama Myrrha; que allí vivían en un castillo medioeval llamado la Jaula de Hierro de Neustadt; que « la colchonerita » los acompañaba y que vivían como prisioneras no saliendo sino un momento por la noche.

Decíale además en la carta que le recomendaba á Magno, ya que no podía tenerlo á su lado, y contábale que una noche había visto desde el jardín al propio señor Reginaldo asomado á un balcón y, cosa extraña, como se lo comunicara á Myrrha, para que se alegrara, dijole ésta que volvieron á su pieza tranquilamente. Sentía mucho no poder comunicarle noticias de Juanillo pero nada sabía. Enviábale muchos besos y abrazos.

Cuando hubo terminado la lectura de la carta, preguntóle Berta al enano:

— ¿De manera que vos sabéis dónde se halla « la colchonerita »?

— Sí, pero no puedo decirlo.

— Es preciso hablarle.

— ¿Para qué?

— Para decirle que Juanillo espera que lo socorra.

El enano dió un salto.

— ¿Visteis á Juanillo?

— No, pero oí su voz.

— ¿Dónde está?

— Encerrado en el convento de los serafines.

— ¿Y qué hace allí?

— Se muere de sed en un calabozo. Es preciso salvarlo.

— Lo hemos de salvar con la ayuda de « la colchonerita ». Pero es preciso que yo corra á enterarla de lo que sucede.

— Id volando!

Magno salió de la cabaña y transformándose en rueda púsose á girar sobre la ruta polvorienta, en dirección de la Selva Negra.

No bien había desaparecido el enano cuando salieron del bosquecillo contiguo á la cabaña dos sombras que así hablaron:

— Escuchadme, William, id al convento y decid al reverendo padre prior que *ya no hay ningún inconveniente* para que hable Juanillo y que diga cuanto sepa delante del padre Rossi y las *otras dos personas*.

— Está bien, señor Sin Nombre.

— Diréis que me dió esa orden « el amo del reloj ». Id con Dios!

Separáronse las dos sombras y volvió el señor Sin Nombre á ocultarse en el bosquecillo desde donde pudo ver y oír cuanto se dijo en la cabaña donde se hallaba la pobre Berta.

Francisco, Giselda y el padre Rossi llegaron al convento precedidos de Franz Holtzener.

El tal convento no tenía más de seis años de existencia. Habíalo fundado fuera de toda regla monástica y civil el propio Franz Holtzener, quien juzgó á propósito para sus empresas policíacas, contar con un convento, lugar adecuado para hacer desaparecer á las gentes si fuere necesario sin que dejen huellas comprometedoras.

Escogió de director á un monje llamado Basilio, que habían expulsado del convento de capuchinos por ladrón, libidinoso y borracho.

Los otros hermanos de la comunidad reclutólos entre la misma categoría de monjes expulsados.

Cuando le habló al padre Rossi, éste no se com-

prometió á nada, pero aprobando interiormente el proyecto, dejó correr los acontecimientos.

Cuando los esbirros de Holtzchener se apoderaron de Juanillo en la calle del Agua del Emperador y lo llevaron al convento, éste preguntó para qué lo querían y los monjes le respondieron con suma distinción que trabajaban porque su alma no se perdiera y que con ese objeto lo llevaban á que hiciera penitencia.

Vanas fueron todas las protestas. Condujéronlo á un cuarto adornado con toda clase de instrumentos de tortura, un fraile se sentó en un cómodo sillón; ordenáronle á Juanillo que le diera las manos por detrás al fraile de modo que quedó suspendido sobre el respaldar del sillón; otro fraile le bajó los pantalones y con una fusta que era una especie de manifiesto de toro le zurró las posaderas de manera cruel y despiadada. Terminada la zurra declaróse listo Juanillo á confesar todos sus pecados y condujéronlo al efecto hasta la capilla donde no pudo contener una exclamación al darse cuenta de que el confesor era el propio paraguero ambulante, su fantasma de la esquina y autor de todas sus desdichas.

Crítica sobre manera era la situación de Juanillo. Por una parte si revelaba los secretos de « los dos y cuarto » éstos lo matarían y si se negaba á ello sucumbiría evidentemente entre las manos de esos frailes despiadados.

Pobre Juanillo!

El confesor insistía especialmente en el secreto de los nombres. ¿Por qué había dicho en la posada de la Selva Negra: « Después del archiduque Pablo, Juan de Estiria, y después de Juan de Estiria, María Luisa? »

Juanillo empleó todas las astucias imaginables para evadir las preguntas del confesor y éste le dijo con mucha unción:

— Hijo mío, cuando hayas hecho memoria del lugar y circunstancias en que conocisteis esos nombres, volve al confesionario y os daré la absolución.

Condujéronlo de nuevo al cuarto de los suplicios y Franz Holtzchener ordenó á los frailes lo dejaran solo con Juanillo; empuñó la fusta rematada en balas de plomo y flageló al joven con crueldad inusitada. Mas cuál no sería la sorpresa del jesuita, al constatar que Juanillo era insensible á los golpes del látigo inmisericorde. ¡Qué alma más heroica alentaba ese cuerpo endeble!

Esa misma noche tuvo que marcharse Franz Holtzchener para Viena y se vió obligado á aplazar las grandes torturas para su regreso.

No obstante recomendó á sus frailes suavizaran entretanto el áspero carácter de Juanillo y lo indujesen á ser más comunicativo con su confesor.

Así lo hicieron los buenos frailes y Juanillo sufrió toda clase de penitencias y torturas con una entereza poco común al ser humano.

La clave de tamaño heroísmo, apresurémonos á decirlo, es que el reloj de Bautista lo había salvado una vez más:

Cuando lo esculcaron al entrar al convento encontráronle el reloj de la singular inscripción de « las dos y cuarto. » El padre Basilio, director del convento y probablemente afiliado á la misteriosa organización, dió cuenta del hallazgo y de lo que pretendían de Juanillo al « amo del reloj. » Este ordenó que no lo dejaran hablar por ningún motivo y la orden terminante iba acompañada de una droga de Málaga, una de esas drogas que imponen silencio eterno... Afortunadamente el paquete llegó después de la flagelación y ya Basilio le había dado á beber un cordial compuesto de

ciertas plantas aromáticas y ciertos licores fabricados con morfina y opio que producían un efecto tan feliz, que los golpes parecían caricias. Así se explica el heroísmo de Juanillo. Además, éste se había pintado llagas tan á lo vivo, que cualquiera lo habría tomado por una víctima de la inquisición. La caja de colores de Berta logró hacer lo que no consiguieron todas las torturas de Franz Holtzchener.

Cuando llegaron los imperiales visitantes al convento y les trajeron al prisionero, lanzaron un solo grito de horror.

La emperatriz se opuso á que siguieran martirizando ese cuerpo destrozado, pero el emperador, con voz terrible, declaró que en su corazón se había secado la piedad; y agregó :

— Podéis salir de la pieza si no os place el espectáculo.

La emperatriz pasó al cuarto contiguo.

Franz Holtzchener ordenó al padre Basilio que le aplicaran las tenazas al silencioso joven.

— ¿Dónde?

— En las tetillas.

El joven sonrió con picardía á su verdugo pues ignoraba que Basilio había recibido orden de hacerlo hablar como á un loro.

— Interrogad! dijo Basilio.

Holtzchener hizo la pregunta :

— ¿Dónde trabajabais con Bautista?

— ¿Oísteis? preguntó Basilio.

— Sí, contestó el paciente.

— Responded.

— No, dijo el paciente.

— ¿No queréis responder á esa pregunta?

— No, no y no! contestó Juanillo sonriéndole de nuevo á su verdugo.

Éste colocó las tenazas sobre las tetillas y el joven exhaló un gemido, como para advertir á Basilio que le había hecho daño. Pero el prior, viendo que callaba, jaló las tenazas.

Entonces se oyó un grito desgarrador :

— *En París...* trabajé con Bautista en París. Y agregó entre dientes, para que lo oyera Basilio : Cuán salvaje sois!

Pero el prior parecía sordo á las quejas de Juanillo.

— Conque en París; buen dato es ese, dijo Franz Holtzchener. Ya sabía yo que produciría buen efecto el interrogatorio con tenazas... lástima que no hayamos empleado antes ese recurso.

— Lástima grande, en verdad, dijo como un eco la grave voz del emperador.

— ¿En qué lugar de París? prosiguió Franz Holtzchener.

Juanillo permaneció mudo creyendo que lo de las tenazas no había sido sino un accidente... pero cuando sintió que le hincaban de nuevo en las tetillas, gritó de nuevo y prometió decirlo todo y responder á cuanto quisieran preguntarle...

— ¿En qué lugar de París?

— En el Palacio Real...

— ¿Bautista tiene relojería en el Palacio Real?

— Sí, señor, cercana á la Galería de Orleans...

— ¿Fué en casa de Bautista donde supisteis el secreto de los nombres?

— ¿Cuál secreto?

— El que os permitió decir : « Después de Juan de Estiria, María Luisa... después de María Luisa... »

— Sí, sí .. exclamó apresuradamente Juanillo al ver las tenazas que se acercaban...

— ¿Y cómo supisteis el orden riguroso de esos nombres?

— *Porque así estaban colocados los nombres...*

— ¿En qué lugar?

— *En el cuarto de los relojes!*

Al oír esas palabras miráronse el emperador y el padre Rossi.

— ¿Cuál es ese cuarto de los relojes?

— Es un cuarto en el cual hay relojes muy curiosos *en forma de calavera y dan la hora con los dientes!*

El emperador, preso de vivísima agitación, llegóse cerca de Juanillo é interrogólo en persona:

— ¿Dices que los relojes eran en forma de calaveras y daban la hora con los dientes?

— Sí señor.

— ¿Puedes decirme si esos relojes tenían alguna inscripción?

— Sí tenían una inscripción.

— ¿Cuál era?

— Eso no puedo deciroslo porque... es un gran secreto.

— No debe ser un secreto para ti, puesto que poseías un reloj con esa inscripción.

— Es la misma que había en el *cuarto de los relojes de bolsillo.*

— ¿De manera que había también un cuarto de relojes de bolsillo?

— Sí señor.

— ¿Dónde se hallaba ese cuarto?

— En el interior de la tienda.

— ¿Y el otro cuarto, el de los relojes-calaveras?

— No podría deciroslo con seguridad, porque para llegar hasta él era preciso pasar por corredores oscuros y subir escaleras secretas.

— ¿Podrías volver á ese cuarto?

— Con los ojos cerrados.

— ¿Y dices que el secreto lo conoce sólo Bautista?

— Sí señor.

— ¿Cómo te procuraste el reloj?

— Se lo sustraje al señor Bautista. Ya veis que os digo todo cuanto sé.

— Mientes, Juanillo... no lo dices todo, ni con mucho. Bautista tiene cómplices que conocen el secreto de los relojes. Tú los conoces y vas á nombrármelos!

— Os juro que no los conozco!

— Las tenazas, rugió el emperador.

— No, no, exclamó Juanillo. Os lo diré... El viejo Omar...

— ¿Quién es el viejo Omar?

— El jefe de las tribus; el Anciano de los Gitanos, el que manda mi raza en compañía del Gran Coësre.

— ¿Cuál es tu raza?

— La raza gitana.

— ¿Bautista cultivaba relaciones con los bohemios?

— Sí señor, les componía los relojes.

— ¿Y el viejo Omar y los bohemios tenían relojes como el tuyo.

— Sí señor, por lo menos los principales de entre ellos.

— ¿Los conoces tú?

— Sí Señor.

— ¿Dónde los viste?

— En la cripta de las Tres Marías del Mar, cuando eligieron al Gran Coësre.

— ¿Conoces al Gran Coësre?

— Sí señor.

— ¿Quién es?

— No puedo deciroslo.

— Las tenazas, reverendo padre.

— Es inútil, el Gran Coësre es Stella!

— ¿Stella, una mujer?

— Sí señor. Llámala también el *Dios Rubio* ó la *Reina del Aquelarre*. Es todo cuanto sé, os lo juro por mi salvación.

— Cuando los bohemios eligieron á la *Reina del Aquelarre* ¿estaba Bautista en las Tres Marias del Mar?

— Sí señor.

— ¿Y se conocían?

— Ella vino á visitarlo.

— ¿Sabes lo que se dijeron?

— Lo ignoro; pero permanecieron largo tiempo encerrados.

Cada respuesta de Juanillo avivaba la curiosidad del emperador, de Franz Holtzchener y del Padre Rossi.

Holtzchener dijo:

— Siempre he afirmado que no hicimos desaparecer á Reinaldo; la terrible asociación está en pie.

— Y se ha aliado con Bautista, agregó el emperador... levantó los puños cerrados hacia el cielo y exclamó: « Jacobo Ork!... Jacobo Ork!... Jacobo Ork!... »

La noche repitió el eco quejumbroso: « Ja-co-bo... Ork!... »

— Ahora has de decirnos cómo estaban colocados los nombres.

— Cada reloj-calavera tenía el nombre de una persona.

— ¿Había muchos relojes?

— Algo así como quince... Iban desapareciendo poco á poco y no se por qué se me sobrecogía el alma cuando constataba que desaparecían los relojes; quizás era la forma de calavera que me amedrentaba.

« Cuando veía al Señor Bautista ensayándolos para ver

que daban doce campanadas cuando marcaban las dos y cuarto, inspirábame pánico mi patrón. Y sin embargo debo reconocer que él fué siempre muy bueno para conmigo.

— ¿Recuerdas los nombres?

— Los tres relojes últimos no tenían nombre.

— Ah! ¿Y en qué orden estaban? ¿Cuál seguía después de *Adolfo*?

El emperador lo devoraba con los ojos esperando la respuesta.

— *Después de Adolfo venía Ethel!*...

No bien hubo terminado Juanillo esas palabras cuando se oyó repercutir en los sombríos corredores: « Ethel!... Ethel!... »

Los tres personajes que rodeaban al joven palidecieron al oír ese grito desgarrador.

Casi inmediatamente apareció en la puerta la desencajada figura de la emperatriz.

— ¿Oísteis? preguntó temblando.

— Sí, respondió Francisco, hemos oído. ¿No fuísteis vos quien gritó?

— No, pero muy cerca de aquí han gritado: Ethel!

El prior intervino:

— Páreceme á mí, Majestad, que ese grito no es sino el eco de estos viejos corredores sonoros... Ensayadlo y veréis.

La emperatriz repitió en voz alta el nombre de Ethel y el corredor lo repitió varias veces.

— Bien lo veis, Majestad.

— No obstante, observó Giselda temblando, parecióme reconocer una voz...

— La voz de Regina, ¿verdad? Lo propio creí yo, dijo el emperador.

— De Regina ó de Tania... Parecióme que ésta llo-

raba ya á su novio asesinado... Es preciso salvarlo si aun hay tiempo.

— Y salvarnos todos de ese loco, Giselda.

— Yo misma iré á hablarle al loco, á Jacobo Ork, exclamó la emperatriz. Le hablaré al monstruo... Y seguramente me atenderá.

El emperador continuaba contemplando el desmierrado cuerpo de Juanillo. Tenía una pregunta en la punta de la lengua, pero sentíase cohibido por la presencia de Giselda... no quería mostrar ante ella el dolor que más desgarraba su corazón. Por último venció la ansiedad en que estaba y le preguntó á quema ropa :

— Entre los nombres... que luego nos escribirás en orden... no observaste uno especial?

— ¿Cuál?

— El de Eduardo.

— Ese nombre no estaba inscrito, respondió Juanillo sin pestañear...

El emperador levantó las manos hacia el cielo como para dar gracias á Dios por haberle evitado tamaña desgracia, pero dominado por la ira volvió á preguntar :

— Decías hace un momento que había tres relojes-calaveras sin nombres inscritos.

— Con efecto, respondió el joven.

— ¿ Á quién estaban destinados esos relojes?

— ¿Cómo queréis que lo sepa?

— ¿Nada extraño notaste en ellos?

— Sólo un detalle, que uno de los relojes era más pequeño que los otros dos y estaban colocados en un mismo aparador, el *pequeño en medio de los dos grandes*.

— Como un hijo entre sus padres.

— Si, señor, esa misma comparación se me vino á la

mente cuando los ví... El señor Bautista les prodigaba excepcionales cuidados, especialmente al más pequeño... Lo ensayaba con frecuencia y después de cerciorarse de que andaba con perfecta regularidad, poníase de rodillas ante el altar...

— ¿Había acaso un altar en el cuarto de los relojes? interrogó Francisco.

— Por lo menos, aquello tenía la forma de un altar, aunque en lugar de imágenes veíanse solamente los retratos de una mujer muy hermosa y unos chicuelos muy hermosos también.

— Él es!... es él!... exclamó la emperatriz... ¿Dudas todavía de la existencia de Jacobo Ork?

— No, respondió el emperador... yo le maté sus hijos... él me matará á los míos!...

Y permaneció postrado ante el Destino implacable.

— Tengo hambre! exclamó la voz doliente de Juanillo.

Socorrieron al joven, pues quedó convenido que acompañaría á la emperatriz hasta que ésta pudiese hablar con Bautista.

El convento sufrió la pena de perder al padre Basilio, quien murió envenenado con una droga que tomó por equivocación y que estaba destinada á Juanillo.

Por la noche desapareció el joven del convento, y mientras le buscaban en los alrededores, cruzaba él como una flecha la Selva Negra caballero en un blanco animal de cascos dorados. Débil como se hallaba tenía que sostenerlo la amazona, mientras decía al bruto : « Arriba, Darío, que se trata de Tania!... y de su príncipe Ethel... si mancamos el tren estamos perdidos!... »

## XIII

## EL CUARTO DE LOS RELOJES

Los vecinos de Bautista en el Palacio Real asombráronse una mañana al ver abierta la relojería que había permanecido cerrada durante tanto tiempo!

Tranquilamente abrió Bautista su almacén sin parar mientes en los vecinos que cuchicheaban de puerta á puerta ó bien le dirigían frases socarronas al darle la bienvenida.

Bautista permanecía impertérrito ante las alusiones y ya iba á ocupar su puesto en el interior de la tienda cuando uno de los vecinos dijo en el curso de la charla que había tenido ocasión de ver días antes al antiguo aprendiz de Bautista. Éste preguntó enseguida.

— ¿Cuál aprendiz?

— Pues Juanillo!

— ¿Juanillo en París? observó Bautista estupefacto.

— Y no debe hallarse muy lejos del Palacio Real, contestó el interlocutor... me lo encuentro varias veces por día... y debe gustar aún de la cerveza Pilsen porque le veo entrar con frecuencia á las bodegas de la

calle Vivienne... y hasta me parece que come allí mismo desde que regresó á París... Díjome que había viajado mucho... es un chico de buen corazón, os está muy agradecido por todas las bondades que le dispensasteis... tiene muchos deseos de volveros á ver...

— Ya veremos!... ya veremos!... respondió Bautista con aspecto desabrido, y haciéndoles una ligera inclinación de cabeza, penetró en la relojería, sentóse ante el taller, ajustóse la lente y púsose á trabajar con ahínco... por lo menos tal podía creerse á simple vista; pero si algún curioso observador se hubiese detenido un rato ante la vidriera del relojero, habría visto con asombro que siempre limpiaba ó componía las mismas piezas del mismo reloj; parecía un muñeco automático; su pensamiento estaba lejos del objeto que tenía entre las manos. ¿Por dónde vagaba el pensamiento de Bautista?

Seguramente lejos de todo lo que le rodeaba, porque de lo contrario habría advertido el paso constante ante sus vidrieras de un joven que miraba con insistencia hacia el interior; detrás del joven se ve una sombra.

Uno y otra, terminadas las observaciones, pasan á la bodega de la calle Vivienne, la antigua bodega de Paumgartner y que ahora administra el Señor Carlos Bamberger. Este sujeto compró la bodega-cervecería con la esperanza de conservar la numerosa y gastadora clientela de Paumgartner, pero sucedió que con Paumgartner desapareció la codiciada clientela y el pobre Bamberg pasaba los días y las noches contemplando las mesas vacías... Grande fué su placer cuando vió entrar á Juanillo acompañado por una dama; los dos bajaron á la bodega y se hicieron servir cerveza mientras Juanillo salió á buscar provisiones para comer allí.

Podemos decir que Bamberg no tuvo suerte con los

primeros clientes que recibió en su cervecería, porque de un momento á otro se vió maniatado por la joven dama que acompañaba á Juanillo y éste le vendó los ojos y le tapó los oídos.

En esa triste posición permaneció nuestro hombre sin darse cuenta de lo que pretendían sus agresores, pues lo que es en la caja, sólo podría haber unas pocas monedas. Tan pronto como se vió en libertad, corrió á la caja: nada faltaba en ella; hizo el inventario de los objetos de la bodega; no faltaba ninguno; todo estaba en orden; los clientes habían dejado sobre la mesa el valor de lo que habían perdido. Entonces, pensaba Bamberg, ¿por qué maniatarme? ¿Qué hicieron durante esas tres horas que para mí fueron de agonía? ¿Por qué me vendaron y por qué me taparon los oídos? ¿Qué cosas graves no debí ver ni oír?

Nada sabía Bamberg, y probablemente jamás le sería dado indagar ese misterio; no sucede lo propio con nosotros que no teníamos vendados los ojos ni tapados los oídos. Con más suerte que Bamberg, pudimos observar las maniobras de los misteriosos clientes y escuchar su interesantísima conversación.

Tan pronto como hubieron maniatado al patrón del establecimiento, dirigióse Juanillo hacia la extremidad de la bodega é intentó retirar un gran tonel que se hallaba contra la pared; mas probablemente estaba lleno, porque no pudo moverlo el joven y tuvo que recurrir á la ayuda de la joven dama que, bajo aspecto endeble, ocultaba una fuerza poco común en personas de su sexo.

Apartado el enorme tonel, vieron una puerta pequeña que con sólo empujarla con el pie, la abrió Juanillo.

— ¿Es allí? preguntó la joven dama que acompañaba á nuestro héroe.

— Allí es!

Entonces Stella, — pues era la propia Reina del Aquelarre la dama que acompañaba á Juanillo — cerró con llave la puerta de entrada, contempló el cuerpo inerte de Bamberg, y satisfecha de su inspección, exclamó:

— Vamos!

Juanillo se coló como una serpiente al estrecho pasadizo. Stella iba detrás, empujándolo de vez en cuando, cuando el demonio de la inquietud la impulsaba á ella también. Así iban pasando de calabozo en calabozo, pues no de otra manera se pueden llamar esos tugurios húmedos, sin aire, unidos por estrechos pasadizos que en veces suben y en veces bajan, y que le dan la vuelta al Palacio Real. Imaginamos que esa comunicación subterránea debió servir de escapatoria en otros tiempos á los príncipes de la casa de Francia que honraban con su presencia la casa del cardenal Richelieu.

¿Cómo descubrió Juanillo ese pasaje? Pronto lo sabremos. Stella se detuvo un momento para respirar un poco de aire que entraba por un tragaluz y preguntó á su compañero:

— ¿Estás seguro de no equivocarte? ¿Es este el camino, Juanillo?

— Sí, reina mía y por lo menos es el único que conozco.

— De manera que se puede ir de la casa de Bautista á la bodega y viceversa sin peligro ninguno.

— Ninguno; jamás me he tropezado con persona alguna.

— ¿Y crees que Bautista no conoce este camino?

— Tal me parece, porque cuando iba al *cuarto de los relojes*, nunca le ví pasar por aquí. Sin embargo debe existir otro camino que le conduce de afuera al *cuarto de los relojes*, porque en más de una ocasión le veían

en la relojería sin que nadie pudiera decir por dónde había entrado. Bautista conoce el Palacio Real como sus gafas verdes y se pasea en él sin que nadie lo pueda encontrar!...

— ¿Queda todavía lejos el cuarto de los relojes?

— Sólo nos faltan cinco minutos.

— Pueda ser que no esté Bautista en el cuarto de los relojes!

— No lo creo; hace un momento estaba trabajando en su tienda.

— Desde ayer hemos debido penetrar en el cuarto de los relojes.

— No era prudente. Hoy estamos seguros de hacerlo con buen éxito.

Continuaron la marcha. Stella, jadeante de emoción, quitóse los velos que le cubrían la faz, y escudriñaba las tinieblas con su mirar de fuego. Estaba ansiosa por llegar... por ver... Dos nombres se le venían á la boca: Tania, Ethel!... Salvar á Ethel para salvar á Tania!... Porque seguramente Tania no podría sobrevivir á Ethel y ella, Stella-Regina se acusaría durante toda la vida de ese crimen...

Sin duda, demasiado enterada estaba de todas las maniobras de Bautista, para no atribuirse una gran parte de responsabilidad en todos los crímenes que habían herido de muerte la corte de Austrasia!... Pensaba á menudo que ignoraba la mayor parte de los golpes que asestaba Bautista ó que se preparaba á asestar, y que había querido ignorar voluntariamente la persona que ejecutaba en palacio las órdenes de Bautista, pero á pesar de eso su conciencia le gritaba de vez en cuando, durante los largos insomnios: « Nada sabes, pero podrías evitarlo todo!... De tal suerte que eres cómplice del asesino!... »

Mas valerosa como era, hija de Reinaldo, educada para la venganza y la muerte necesaria, sin miedo y con entereza hizo callar ese grito!... ¿No era suya acaso la venganza de Bautista? *¿Toda esa sangre vertida no le preparaba á su raza una aurora radiosa y triunfante?*

Sin duda... pero... pero... no se había acordado de Ethel!... Jamás había sospechado que Ethel pudiese formar parte de la terrible hecatombe. Y cómo podía ella, la maldita Reina del Aquelarre, ver á su hermana querida llorando sobre el cadáver de su novio!... Imposible!

Ethel!... Le tocaba el turno á Ethel!... Juanillo lo había dicho y Stella lo había oído en el corredor del convento de los serafines á donde la condujo Magno por indicación de Berta.

Bien se echa de ver cómo pasaron las cosas: Conducida por Magno hasta el lugar donde interrogaban á Juanillo, oyó Stella la revelación, de que Ethel era la víctima designada en el terrible drama en que ella representaba papel tan principal. Al oír que la vida del novio de su hermana estaba en peligro, no pudo contener un grito de agonía, el mismo grito que resonó en los corredores y que amedrentó á la emperatriz... Con la rapidez del rayo concibió un proyecto y sin dar tiempo al tiempo arrancó á Juanillo del convento y llevósele á Paris...

Por fin llegaron á una puerta cerrada...

— Es ahí, dijo el joven.

Pegó el oído á la cerradura y como nada oyera, dijo á Stella:

— Si estuviese en el cuarto lo oiríamos perfectamente... Porque cuando está aquí... se cree tan solo... que habla en voz alta... y solloza... Así como es silen-

cioso arriba es hablador abajo!... pero dice cosas que no siempre son comprensibles.

Regina le hizo señal de callar; púsose á escuchar y luego dijo :

— Abre!

Juanillo conocía bien la puerta pues la descubrió una vez que se introdujo á la trastienda de la relojería y se le cerró la puerta; entonces buscó manera de salir por otra parte y con su agilidad de ardilla y su flexibilidad de junco marino pasó por tragaluces minúsculos y tuberías antediluvianas hasta encontrar la puerta que ahora acababa de abrir.

— Enciende! ordenó la Reina del Aquelarre.

Juanillo encendió los cirios de ese cuarto singular y Regina púsose á contemplar las repisas en que había aún algunos *relojes-calaveras!*

Debajo de uno de esos relojes vió el nombre que buscaba : Ethel!...

Ah! aun era tiempo de salvarlo!... Juanillo no se había engañado... era el reloj de turno... los que quedaban á la izquierda habían marchado ya á dar la hora del crimen y la venganza... Ahora le tocaba el turno al de Ethel... á la derecha del cual se ven otros cinco relojes... dos de ellos con nombres que lee Regina en voz alta con feroz é impaciente alegría...

— Juanillo... escúchame ¿ves ese reloj que está allí?...

— ¿Aquél?

— Sí, el que tiene el nombre de Ethel.

— Sí lo veo.

— Pues bien, vas á tomarlo...

— Oh! no he de tocar yo los relojes-calaveras!...

¿No sabéis, reina mía, que esas calaveras se mueven, ríen, cantan las horas de terrible manera?...

Si los cogiera, serían capaces de *morderme los dedos con los dientes que dan las horas!*... Jamás habré de tocar los relojes del Señor Bautista!...

— Juanillo, es la primera vez que rehusas coger algo... Juanillo, mírame de frente...

— De ninguna manera!... El Señor Bautista estima en mucho estos relojes y sustraerle uno sería una mala acción... Es el único placer de ese pobre hombre!...

— No se trata, replicó la voz autoritaria de la Reina del Aquelarre, de privar á Bautista de uno de sus relojes, porque enseguida lo advertiría. .

— ¿De qué se trata entonces?

— De cambiarlo de puesto... *Vas á colocarlo en el tercer lugar y el tercero en el primer lugar...* Así no desaparecerá ningún reloj y Bautista creerá que el de Ethel ha ocupado siempre el mismo puesto.

— ¿Qué objeto puede tener ese cambio?

— Eso es asunto de la Reina del Aquelarre y no olvides que tienes misión de obedecerla en todo y por todo. Ejecuta lo que te he ordenado.

— No me atrevo, reina mía!

— Juanillo, mira hacia acá... ¿qué ves?...

— Oh! exclamó el aprendiz saltando hacia atrás, es un revólver!...

— Te juro, Juanillo, que si no ejecutas en seguida lo que te he ordenado, morirás en este cuarto.

— Bueno, bueno, reina mía, ya voy...

Juanillo se empinó para ejecutar la orden de Regina y lanzó un grito de horror al ver que la calavera abría los dientes, gesto que imitaron los otros relojes-calaveras como si hubieran querido defenderse...

En realidad el espectáculo era macabro : todos aquellos relojes-calaveras de diabólica expresión que

abrían y cerraban las bocas con movimiento rítmico y amenazante... la amarilla luz de los cirios... las paredes adornadas con extraños despojos de vestidos... harapos de sedas y terciopelos... bonetitos de niños... y ante aquel altar, colocado como un trofeo, un uniforme y armas é insignias gloriosas, atributos de algún príncipe fiero y poderoso... y todo aquello bajo el amparo de las dulces y tiernas miradas de una mujer hermosamente bella y de dos chicos de rubios bucles y grandes ojos azules... Ante aquellos retratos cayó Juanillo de rodillas implorando perdón...

Por último hicieron silencio los macabros relojes y cuando Juanillo levantó la cabeza vió á su Reina que cambiaba de puesto los dos relojes.

En ese momento dijo Juanillo :

— Oigo pisadas en la escalera : es Bautista que baja. Escondámonos.

Regina colocó los objetos en orden, apagó los cirios y ocultóse tras de una cortina.

Momentos después reconoció la voz de Bautista... pero... no venía solo. Dijo á la persona que lo acompañaba :

— Es por aquí, señora...

¿Quién era aquella dama, y cómo diablos se hallaba en semejante lugar?

Para saberlo volvamos á la relojería. Bautista continuaba trabajando apaciblemente. De pronto entró una señora vestida con suma distinción y enteramente de negro. Bautista la contempla tranquilamente, luego se pone de pie y tendiéndole una silla le dice :

— ¿Se digna Su Majestad tomar asiento en casa de un pobre relojero?

Al decir aquello no muestra Bautista asombro ninguno y la visitante, cuya voz tiembla, le pregunta :

— Sí, Jacobo, soy yo. ¿Me esperabas acaso?

— Sí, Majestad, os esperaba.

Permanecieron en silencio mirándose cara á cara... ¡Qué mirada tan intensa!... ¿Cuál de los dos romperá el silencio?

Decidióse Giselda y dijo :

— ¿De manera, Jacobo, que me reconociste inmediatamente!... ¿no dudaste un segundo?...

— Es que tal vez no habéis cambiado nada!... Continuáis siendo, señora, la más bella, la más dulce, la mejor de todas las reinas! Los años y las desdichas no han quebrantado ese noble cuerpo que alienta un alma tan bella, la más pura de cuantas conozco, Majestad!...

Volvió á reinar el silencio. Momentos después prosiguió Bautista :

— Señora, soy yo quien debería asombrarse. Tan viva estaba en vuestra memoria mi imagen para que hayáis podido reconocer lo que de ella queda! Porque yo, señora, desde la última vez en que nos vimos en las gradas del trono de vuestro esposo... en las gradas de aquel trono ante el cual me arrodillé implorando una gracia que me fué negada... he cambiado mucho!... ¿Verdad, señora, que he cambiado mucho?

Y el pobre relojero se irguió en su blusa de trabajo mostrando su espalda inclinada, sus miembros lacios, su semblante en otros tiempos tan hermoso, desfigurado por los excesos del odio y de la venganza; sus ojos antaño puros y claros, ardientes y brillantes de esperanza y de fe y hoy apagados por las lágrimas y los insomnios de la desesperación, ojos que ya no brillaban sino cuando los encendía un fuego criminal.

Y apesar de todo le muestra serenamente esa faz que antes le mostraba con orgullo y que ha perdido ya toda

nobleza y toda hermosura para convertirse en algo vil, vulgar y terrible...

— ¿Verdad que he cambiado mucho, señora?

Ah! cómo lo contempla ella! Con qué ojos tan dilatados por el horror y la piedad!...

— Jacobo, díjole... con aquella voz cuya armonía lo conmueve más de lo que desearía, mostrar y despierta en el fondo de su alma de monstruo los ecos que ya creía apagados de su lejana juventud... Jacobo, muy cierto es que has cambiado mucho. Acuérdate, Jacobo, que yo te conocí bueno y deseoso de hacer el bien; no había corazón más noble que el tuyo; te quería como al más puro de los hijos de Austrasia!...

« Y cuán bien nos comprendíamos!... A veces sin dirigirnos la palabra nos comprendíamos en medio de la inmensa soledad de la Hofburg!... Eran unas mismas nuestras tristezas... y muy feliz era yo cuando veía brillar en tus ojos un rayo de esperanza para lo porvenir!... Me contabas tus ambiciones; tus gloriosos proyectos... No querías ser un príncipe como los demás... »

« ¿Qué has hecho de ese pasado, Jacobo? »

« Recuerda nuestra dulce intimidad... nuestros encantadores almuerzos en mi casa ó en casa de mi hermana Sofia Teresa... Cuánto discutíamos sobre la felicidad del imperio!... Con cuánto ardor nos exponías tus proyectos de reformas humanitarias!... Te alentábamos, ¿recuerdas?... Y las dulces veladas en Schönbrunn, Jacobo, recuerda... Te sentabas al piano... y nos tocabas piezas compuestas por tí... siempre llenas de tristeza y de gracia... Acuérdate del « lied » que me dedicaste... y que empezaba así : *Dei gedenke ich, Margaret!*... (De tí me acuerdo, Margarita.) »

La voz de Giselda habíase enternecido poco á poco...

aquella voz había recobrado toda la armonía de otros tiempos, aquellas inflexiones tan dulces y tan profundas que nadie pudo nunca resistir.

Y mientras le hablaba, evocándole recuerdos sagrados, envolviendo á Jacobo Ork en aquella música que tanto amó, inclinábase sobre él la emperatriz, ansiosa por saber si lograría encadenar con esa voz al miserable, á la bestia temible y feroz que hacía temblar el imperio!...

Inclinóse más sobre él, que permanecía con la cabeza baja, ante el peso de tantos recuerdos.

Como en Schönbrunn pasábale por entre los cabellos el aliento de la reina... así acontecía cuando lo acompañaba con su voz divina. Vió que lloraba... Sí, el monstruo lloraba... y las lágrimas del que fué archiduque Jacobo caían sobre aquella mesa vulgar, sobre aquel taller de artesano... Pensó que había vencido... que había logrado dominar definitivamente al titán y su voz de súplica, de ternura y de perdón había quebrantado á ese gigante de la Venganza...

Y así pudo creerlo hasta que pronunció el nombre de Margarita, que al oírlo pronunciar, levantóse de nuevo Jacobo, fosco y amenazador.

— Gracias, señora, por haber pronunciado ese nombre... Quizás es Margarita quien os inspira. Nada puede haber ya entre nosotros, señora! Vos conocisteis al archiduque Jacobo, pero el archiduque Jacobo está muerto y solo vive Jacobo Ork para vengarlo!

Giselda se quedó absorta, pero no era posible echar pie atrás.

— Es verdad, dijo ella, Jacobo murió, y no será Bautista quien lo resucite. Es esa una esperanza á la cual es preciso renunciar...

— ¿Qué deseáis entonces, señora?

— Que Jacobo Ork, respondió ella con vivacidad, que no repara en un crimen de más ó de menos, según me han contado, mate á Bautista y cierre así la serie de sus crímenes.

El relojero la miró fijamente para sorprender todo su pensamiento y luego díjole :

— Esperad, señora... empezamos á hablar de cosas muy serias y si me lo permitís, voy á cerrar la puerta.

Al salir constató que reinaba una animación poco común en el Palacio Real.

Luego volvió á donde la emperatriz y le preguntó :

— ¿Vos conocéis acaso los crímenes de Jacobo Ork?

— No, Jacobo, respondió Giselda, que parecía haber recobrado algunas fuerzas... No los conozco porque no creo en ellos... que si así fuera no me veríais aquí!

— ¿Entonces á qué crímenes aludíais hace un instante?

— Á crímenes políticos, Jacobo... Sabemos que deseas la ruina del imperio y que te has asociado á sus peores enemigos...

— Y venís á pedirme una tregua política, interrumpió él vivamente. Creí que os habíais retirado de la política, emperatriz Giselda! Y venís como embajadora á una humilde relojería del Palacio Real!... ¿De manera que no os inspiro miedo? Miradme, señora, si el archiduque Jacobo era hermoso, Bautista es horrible... he cambiado tanto, señora!...

La emperatriz lo contempló sin turbarse y le dijo :

— Jacobo, el archiduque de Austrasia que veo vestido de obrero y encerrado en esta humilde tienda con su odio y su desesperación es más hermoso que el miserable que encontré últimamente en las riberas del lago Constanza, mirándome como un demonio tras de sus gafas verdes!

Y sin esperar más, entregóselas. El relojero las tomó y las colocó cuidadosamente en el estuche.

— Exacto es, dijo con tranquilidad, que cuando me hallo cerca de *él*, en derredor de su imperio, uso gafas verdes, porque es tal el odio que me inspira, que deseo evitarles á mis contemporáneos el atroz espectáculo de contemplar mi mirada cargada de odio... Mil gracias, señora, por habérmelas traído.

— Jacobo, tú estuviste en Zelle. ¿Qué fuiste á hacer allá?

Bautista soltó una carejada siniestra que hizo palidecer más aún á la emperatriz.

— No comprendo, señora, cómo puede interesarle á la emperatriz de Austrasia mi viaje á Zelle. ¿O será que la emperatriz Giselda cuida de semejante *mujerzuela*?

— Había un niño en Zelle!

— ... ¿Y de un hijo de mujerzuela?

— Jacobo, Jacobo, ¿en qué clase de demonio te has convertido?

— De manera que la emperatriz Giselda viene á casa de un pobre relojero en busca de un hijo de mujerzuela! Ah!... Ah!... Es cierto... el pequeño Eduardo!... ¿Dónde está el pequeño Eduardo? ¿no es cierto?... ¿Está muerto ó vivo? Oh!... señora... *Hay otros que si están muertos.. Y no me preguntáis por ellos!...*

— ¿Será preciso hablarte de ello, Jacobo?... Si lo han dicho por ahí, pero yo que te conocí nunca quise creerlo!... No es posible que Jacobo haya cometido semejantes crímenes!... Jacobo era bueno... me quería... y quería al archieque Adolfo... y quería á María Luisa!...

— Fui yo quien les dí la muerte! gritó el relojero con orgullo feroz, levantando hacia el cielo su puño

crispado .. Los maté... cayeron heridos por esta mano que veis aquí!...

— Monstruo, monstruo!... De manera que es cierto! Tú diste muerte á mis hijos!... ah! ¿por qué no me la diste á mí? ¿no crees que habría sufrido menos que viendo caer á mi lado los hijos de mis entrañas y las personas más caras de mi corazón?

— Eran los hijos de la ambición, del orgullo, del Otro! No te quisieron nunca, siempre te hicieron sufrir, nunca te quisieron, Giselda!

— Pero yo los quería, miserable!...

Después de ese arranque sublime, guardó silencio la emperatriz... Bautista decía:

— ¿Hice bien? ¿Hice mal?... ¿Quién sería osado á juzgarme? El crimen engendra el crimen. El mismo Dios exige sangre para borrar la sangre vertida. Es la ley del talión, la ley de Dios; yo soy el verdugo de Dios!

Giselda, al oír la blasfemia, quiso huir, pero recordó que aún no había conseguido lo que deseaba é insistió:

— Dime, díjole ella, *ya estás satisfecho?*

Sin levantar la frente, pues no se atrevía á mirarla después de haberle confesado que era él el autor de tantos crímenes, contestóle meneando la fosca cabellera:

— No, mi obra no ha concluido!...

— Muy fuerte te crees, Jacobo. Precávete, que la tierra está cansada de soportarte y también puede sonar para tí la hora de la muerte!...

Y agregó:

— Si te trajera, no el perdón de tus crímenes, que ello no es posible, sino el olvido de lo pasado á trueque de que no prosigas tu obra de destrucción?...

— El pasado!... Te atreves á hablarme del pasado,

Giselda, cuando soy yo quien no puede olvidarlo!... ¿Quién te ha dicho que yo le temo á la muerte? Con impaciencia esperó que me toque el turno, una vez que hayan muerto los que deben morir!...

— ¿De modo que aun quedan muchos relojes-calaveras?

— Muchos... Y tú sabes cuántos son, Giselda!...

La emperatriz, en el colmo de la desesperación, arrancóse los velos que le cubrían la faz y escupióle en la cara todas las maldiciones del imperio:

— Ahora es cuando llego á conocerte Jacobo... Bien veo que antes no te conocía... Quieres matar para que nada quede de lo que fué el trono de Austrasia!... ó mejor dicho para quedar tú solo!... Otros conquistan un reino peleando en los campos de batalla, tú te lo preparas con el puñal del asesino!... Tu venganza es esclava de tu ambición!...

« Ah! no digas que no... Doblas la cabeza... Asesino de tu propia casa!... Con la máscara de tu amor desgarrado has cubierto el tejido de tus crímenes... pero en realidad sólo deseas el imperio!... Ahora rato nos acordábamos de muchas cosas, pero hay una sola ahora que me viene á la memoria: tu cólera y tu decepción cuando Francisco no te permitió que fueras emperador de los Búlgaros!... Recuerda tu ira, Jacobo!...

« Ese día odiaste á Francisco y á la familia de Austrasia!... Ese día empezaste á trabar relaciones con los enemigos del imperio... te relacionaste con Reinaldo, que también era un ambicioso, pues pretendía ceñirse la corona de los reyes de Hungría. Y mientes cuando dices que asesinas por vengar á tu mujer y á tus hijos!... No se destruye un trono porque un joven loco haya intentado deshonorar tu lecho conyugal y por no haberlo conseguido, haya matado á tu mujer y á tus hijos...

No es esa una razón para acabar con un imperio... Tú asesinas porque quieres reinar!...

Bautista levantó la frente. Contemplaba á la reina iracunda con perfecta serenidad, y contentóse con hacerle señal de que callara.

— Excusadme, señora, dijo él... ese joven loco de que hablasteis hace un momento no mató á mi mujer ni á sus hijos!...

Giselda quedósé estupefacta, estaba viendo un Jacobo Ork que no conocía... extremadamente débil... hablando con dificultad...

— ¿Quién mató entonces á Margarita Müller y á sus hijos? preguntó Giselda.

— Voy á decíroslo, señora!...

En aquel momento oyéronse fuertes golpes en la puerta de la relojería.

— Se impacientan vuestros guardas, señora.

— Con una palabra mía nos dejarán tranquilos.

— Oh! no, señora, dejémosles la tienda. El relojero del Palacio Real, de Venecia, de Constanza y de Viena ya no tendrá necesidad de tienda. Y podéis decirles que si desean encontrarme, me busquen en derredor de ellos... allí estaré yo. Si gustáis acompañarme iremos á un lugar seguro dónde no nos fastidiarán... Pasad, señora ..

Y abrió la puerta secreta que da acceso á los subsuelos misteriosos del Palacio Real. Giselda lo siguió.

Una vez en el cuarto de los relojes dijo Jacobo :

— Aquí, señora, estaremos tranquilos.

Y encendió los cirios sin sospechar que momentos antes, á la luz de esos mismos cirios, le habían modificado el plan implacable de su venganza.

Giselda púsose á escudriñar los objetos con asombro y horror. Jacobo cayó de rodillas ante el altar.

Giselda, después de haber reconocido las figuras de los retratos, cayó también de rodillas al lado de Jacobo y púsose á orar...

Momentos después sintió que una mano la levantaba dulcemente. Vió á un Jacobo Ork desconocido, con la faz devorada por inmensa desesperación y cubierta de lágrimas.

— Jacobo!... Mi pobre y miserable Jacobo!... Amigo mío de antaño!... Oré por ellos y les supliqué intercedieran para que Dios haga penetrar un rayo de piedad en tu corazón... Perdona, Jacobo, perdona!... Mira cuán dulce es la mirada de esos angelitos!... Parece que te imploran perdón!... ¿Cómo es posible que viéndolos hayas podido avivar constantemente la hoguera de tu odio?

— Vas á conocer mi secreto, Giselda... Hace un momento me preguntabas quién había matado á mi mujer y á mis hijos. Pues yo!... yo!...

Giselda creyó que se había vuelto loco, mas al ver la sincera desesperación de Jacobo y la emoción que lo embargaba, rindióse ante la evidencia.

— Sí, Giselda, cuando en la corte agotaron todos los recursos para separarme de Margarita y de mis hijos, reunióse la familia imperial y con excepción de tí y de tu hermana Sofia Teresa, juraron todos, Adolfo y Maria Luisa inclusive, que harían cuanto estuviera á su alcance por arrancarme al modesto hogar que según ellos, los deshonoraba.

Desde entonces me retiré definitivamente, resuelto á vivir lejos de la corte, consagrado á mi mujer y á mis hijos.

Entonces Leopoldo Fernando y Carlos de Bramberg urdieron el plan que debía destruir mi humilde felicidad.

Lograron sacar de París y traer á la Selva Negra á Víctor Paumgartner, que continuaba amando á Margarita y le hicieron creer que ésta se había casado por ambición, pero que odiaba á su marido y lo adoraba á él.

Y lo que es más espantoso é increíble, lograron esos miserables infiltrarme el veneno de la desconfianza.

¿Cómo pude dudar de la propia imagen de la inocencia y de la fidelidad?

Facilitáronle á Víctor ocasión de ver á Margarita y con cartas apócrifas y casuales encuentros que ellos preparaban llegaron á enloquecer totalmente al mozo, haciéndole creer que lo amaban.

Á mí me mostraron cartas de Víctor á Margarita en que le hablaba como un antiguo amante y como padre de los que yo creía mis hijos.

Exigí pruebas y contestáronme que me pondrían en presencia del acto. Para ello y preparar mejor las cosas hiciéronme pasar el día cazando con Carlos de Bramberg y cuando pasé por casa de mis suegros á buscar á Margarita, no estaba allí.

Llegué como un loco á la Jaula de Hierro; entré por una puerta excusada; ví una sombra que trepaba al balcón de la alcoba de mi mujer; reconocí á Víctor y lo seguí; empujó la ventana que cedió á su impulso y penetró en la alcoba; acerquéme y ví á Margarita tendida en el lecho, semi-desnuda, con aire regocijado; Víctor se llegó hasta ella haciéndole protestas de amor y por último la levantó entre sus brazos.

Entonces una nube de sangre me cubrió los ojos, saqué mi cuchillo de montería y lo hundí indiferentemente en los dos cuerpos; al ruido que hicimos llegaron los chiquillos que dormían en el cuarto contiguo y trataron de interponerse; pero mi mano hería sin descanso y también ellos cayeron muertos al lado de su

madre; Margarita sólo profería estas palabras: « Jacobo, mi Jacobo!... »

Víctor, más aferrado á la vida, duró más tiempo y pude oír claramente que decía: « Inocente!... El Señor Carlos mintió!... Margarita dormía... *narcótico!* Margarita inocente!... vengadnos!... Carlos!... Leopoldo Fernando!... Margarita inocente!... »

Y expiró el infeliz joven al pronunciar esa última palabra. Los cuatro habían expirado.

Cuatro víctimas de Leopoldo Fernando y del Príncipe Rojo!... Esa terrible revelación en vez de abatirme, dióme fuerzas, recobré mi sangre fría, llamé á los servidores del castillo que no respondieron, sólo acudió mi fiel servidor Mikaël á quien le dije mientras me contemplaba con horror: « ¿Qué hiciste de tu ama?... ¿Cómo cuidaste á los hijos de tu amo? »

Sabía yo que los adoraba y que habría dado cien veces su vida por ellos y por cuantos yo quería...

Díjome que había ido á buscar á su ama á casa de mi suegro porque había recibido una carta mía en que le daba esa orden y le anunciaba que yo regresaría durante la noche... Díjome que Margarita se había acostado entre tanto. Y había acostado á los niños sin la ayuda de ningún criado porque todos tenían asueto por ser la fiesta de Neustadt, y que él mismo se había acostado esperando á que yo llegara:

« Ordenéle que me siguiera; lo conduje al cuarto y le mostré los cadáveres; abrió los brazos y cayó de rodillas, impotente para articular una sola palabra.

« Alcélo brutalmente y díjele:

« — Mikaël, no pierdas la razón ni la sangre fría. Imitame. ¿No ves que estoy tranquilo? Necesitamos la razón para vengar esos cadáveres... Mikaël, yo no te he enviado orden ninguna. Te engañaron... si tú no

hubieras ido á buscar á tu ama á la aldea, yo no los habría matado, ni á Victor Paumgartner tampoco, que era tan inocente como los demás. Mal vigilabas á tu ama y á los hijos de tu amo, porque si la hubieras vigilado bien, no habrían podido adormecerla con sueño de muerta, de tal modo que ese infeliz joven pudo creer, y yo también lo creí, que tu ama esperaba á ese joven en su lecho! Y Margarita Ork, la mujer del archiduque Jacobo, nada sabía... Dormía y sólo *mi cuchillo logró despertarla!*... Esa es toda la historia, Mikael!...

Detúveme un momento y luego le dije:

« — Necesito una prueba irrefutable contra mis queridos primos de Carintia y de Bramberg... ¿Ves ese vaso que está sobre el tocador de tu ama, y medio lleno aún del agua que acostumbraba á beber por las noches antes de dormirse? Bébela, pero antes te advierto que puede contener veneno...

Mikaël bebió el contenido del vaso é inmediatamente cayó por tierra con los ojos cerrados, preso de profundo sueño y sólo *el cuchillo* habría podido despertarlo.

La prueba estaba establecida.

Entonces besé tranquilamente á mi mujer y á mis hijos y los acosté con muchas precauciones en la cama de nuestro amor y fuíme á la aldea para decirle al viejo Müller que había matado á su hija inocente y á sus dos nietecitos.

Había varias personas en casa del anciano. Llamélo á una pieza aparte y tranquilamente pude relatarle cuanto había sucedido...

Á medida que avanzaba mi narración, lo veía volverse loco.

Para volverle la razón, tendíle mi fusil y díjele:

— Ahora, mátame!...

Tomó el fusil y me apuntó; yo no hice ningún movimiento, pero le dije, mirándolo en el fondo de sus ojos de medio loco.

— Mátame si crees que no me queda nada que hacer en este mundo!

No estaba sino medio loco porque inmediatamente comprendió mi pensamiento... Abrazólo estrechamente y díjele al oído que algún día tendría ocasión de usar de ese fusil... *cuando lo llevara á la cacería de los lobos!*...

Esa es toda la historia, Giselda... Podéis contarla á quienes les pueda interesar, y podéis decirles, señora, que se cautelen, porque Bautista ha abandonado otra vez su relojería y ha vuelto á salir de cacería... *á cazar lobos!*...

Bien debéis comprender que cuando uno de mis relojes ha sonado la hora de la cacería de los lobos, nada podrá retener en su casa al viejo relojero!... ¿Lloráis, Giselda?... ¿Lloráis contemplando á mis hijitos!... *¿No os parece, Majestad, que son tan hermosos como Eduardo? Pues bien, á pesar de eso yo mismo los maté!*...

Al pronunciar esa última frase, se metamorfoseó Bautista...

Parecía como si el nombre de Eduardo tuviese el don de hacerle salir á la cara todas las muestras y señales del formidable odio que abriagaba su pecho...

— Ah! sí... muy hermoso es Eduardito... y es mío... decidsele así... que él lo sepa!...

Fué tal la explosión de odio al pronunciar esas palabras que la emperatriz se creyó en un antro infernal y retrocedió como si viera al diablo!...

Jacobo levantó la cabeza y al ver el horror que se pintaba en la faz de Giselda, transformóse de nuevo. Cayó á sus pies sollozando:

— Perdón... Giselda... Perdón!...

Y luego agregó :

— Es extraordinario, Giselda... Voy á deciroslo para que lo comunicuéis á quienes ello pueda interesar... Estaba convencido de que hoy le tocaría el turno al pequeño príncipe Ethel, pero veo que antes están los relojes-calaveras de Leopoldo Fernando y Carlos de Bramberg... ¿Cómo pudieron cambiar de sitio?... á no ser que Juanillo, cuando estuvo aquí, los desarreglara... Ya sé, señora, que ese joven os lo contó todo en el convento de los serafines, pero no puede ser, quizás estoy perdiendo la memoria, porque me vuelvo viejo... lo cierto es que Ethel tiene todavía algún tiempo para vivir... pero, señora, advierto que se hace tarde y que vuestro séquito estará impaciente... vamos... por aquí...

Giselda más muerta que viva se dejó conducir por Bautista... Regina que también había sufrido la agonía de escena tan desgarradora dió gracias á todos los santos gitanos porque ya tenía tiempo para salvar á Ethel... Regresó Bautista al cuarto de los relojes, tomó los dos primeros y se marchó.

Regina constató que había quedado el de Ethel y después de llamar á Juanillo, que se había quedado dormido en el corredor, salió del Palacio Real por la bodega que le había dada acceso. Tomó un coche, se hizo conducir frente á la parte trasera de la embajada de Austrasia y Juanillo vió con estupefacción que la joven se puso á mirar intensamente las celosías cerradas y juntando las manos orar un rato, luego hacer el signo de la cruz y por último volver á acomodarse en el coche y exclamar : « Ahora me toca el turno!... »

## LIBRO SÉPTIMO

### LA TORRE JAULA DE HIERRO DE NEUSTADT

I

UN SARAO FAMILIAR

Algunas semanas después de los acontecimientos que acabamos de relatar esperaba un joven, con verdadera impaciencia á la puerta del mesón del Valle del Infierno la diligencia que venía de Todtnau con dirección á Friburgo.

Había llegado á caballo en la mañana de ese día y como se le cansara el animal, preguntó si no le podrían alquilar otro para ir á la torre Jaula de Hierro.

El patrón de la posada contestóle que no había un solo caballo en las caballerizas y que además no era posible ir en ese día á la torre Jaula de Hierro.

— ¿Sabéis acaso con quién habláis?

— Perdón, Alteza, contestóle Federico II. No hay más vehículo para conducir á su señoría hasta la torre Jaula de Hierro que la diligencia que viene de Todtnau... Por lo demás, ahí llega, os deseo que encontréis un puesto en ella...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY